

# UN ESTUPIDO ACCIDENTE

Beatriz Monreal Huegun

A Saioa e Iván Ramos Torrano

**I**

El agua bajaba alegre entre las grandes peñas de granito buscando su hueco mientras saltaba. Las retamas, al fondo, salpicaban las hierbas ya doradas por el estío. Hacía calor. Al borde del agua, las libélulas en un magnífico espectáculo mantenían una lucha desigual contra las arañas. Como las viejas de los pueblos, las arañas tejían, silenciosas y negras, su tupida tela mientras vigilaban por un lado el asedio de las libélulas y por otro el despiste de los pequeños insectos que, sin darse cuenta, caían prisioneros en sus telas.

Todo ello había sido contemplado antes —desde lo alto— por Ramonita Romo. Pero aquella no fue una mañana feliz para Ramonita. Es más, sería su última mañana gracias a un estúpido accidente. Y es que a Ramonita no le iban los avances propios de los tiempos modernos. Ella estaba acostumbrada a ver florecer los cerezos, a aspirar la flor de azahar de los naranjos que, como en un milagro volvían a hacer que el campo estuviera nuevamente blanco después de que se derritiera la nieve. Veía hacerse poco a poco a las cerezas, salpicando con sus bolas rojas el espléndido árbol. Castaños, madroños, robles y algún alcornoque despojado de su corteza pasaban rápidos bajo sus pies. A veces, llegado el otoño, se apresuraba a recoger alguna nuez, todavía tierna, mientras se elevaba después en su escoba entre aquella sinfonía de amarillos y ocres.

Porque no he dicho que Ramonita Romo era una mujer singular. Ramonita Romo era una bruja. Era una de las últimas brujas que quedaban en La Regajera. Era una bruja buena que quería a los niños y que hacía —como no— pócimas con la grasa de las culebras, que sabía las canciones de los sapos y miraba frente a frente a los búhos por las noches.

A veces Ramonita bajaba el río y dejaba que los remolinos de aquel agua cantarina zarandearan su cabeza. Sus cabellos largos formaban vetas dentro del agua. A veces también, apoyada en una piedra, Ramonita Romo añoraba su juventud. Se recreaba, al borde del agua, junto a las moles de granito, pensando en aquellas noches en que se rondaba a las chicas casaderas del pueblo.

A veces, estaba tan absorta en sus recuerdos que casi ni se daba cuenta que los chicos, ágiles como cabras, saltaban de piedra en piedra a su alrededor, mientras la burlaban.

Ramonita recordaba aquellas noches de Agosto. Eran noches cubiertas de estrellas cuando las gentes del pueblo, como en una procesión se iban acercando, bullangueras, a la casa de las chicas casaderas. Entonces todo el pueblo se convertía en una fiesta y se enarbolaba la rama de olivo del que colgaban aquellas rosquillas blancas que se hacían en la vieja tahona. Las gentes cantaban las coplas de boda dejando escapar alguna picardía.

En ocasiones, al pensar en estas cosas, a Ramonita le resbalaba alguna lágrima por sus mejillas. Otras veces, cuando la congoja le sacudía el pecho, las lágrimas formaban casi un arroyo que iba incrementando el agua del río. Ramonita era una bruja sentimental...

Porque Ramonita prefirió siempre ser libre. Ella hubiera querido tener unas bonitas alas transparentes como las libélulas, para así poderlas perseguir por los recovecos del río. Intentó que alguna vieja del pueblo le enseñara a trabajar con el ganchillo. Pero a ella no le interesaba aprender a hacer puntillas y colchas blancas.

No, Ramonita quería fabricarse unas alas transparentes con nervios negros, casi etéreas, para tener una perspectiva diferente del mundo. Ramonita lo intentó repetidas veces, puso muchísimo empeño en la obra pero nunca consiguió hacer con su ganchillo aquellas alas tan finitas.

Cuando más desesperada estaba, supo por una cigüeña que bajaba hacia Africa que, más al norte, en un país lluvioso y muy verde que se llamaba Euskadi había unas mujeres muy simpáticas que volaban sobre una escoba. Aquella noticia le llenó de alegría. Quien sabe —pensó— quizás si lo intentaba podría conseguirlo y después, podría reunirse con aquellas mujeres para intercambiar experiencias.

A partir de entonces, una vez construido el aparato volador, Ramonita se inició en el apasionante mundo del vuelo sin motor. La tarea fue un poco trabajosa. Primero tuvo que recoger unas buenas ramas de brezo que ató alrededor de un tronco no demasiado grueso. Las gentes del pueblo, viendo que aquello iba en serio, intentaban disuadirla. Alguien le contó la historia que en alguna ocasión narrara el párroco de lo que le sucedió en los viejos tiempos de Maricastaña a un chiquillo que se llamaba Icaro y que tuvo la pretensión de volar con unas simples alas de cera. Las alas de cera se le derritieron al acercarse al sol y el chico murió. Lo mismo podía ocurrirle a ella.

Ramonita volaba bajito y, al principio, lo hacía a saltitos cortos. Elegía trayectos fáciles para experimentar y poner a prueba su escoba.

Las chicas del pueblo que ya antes se burlaban de ella porque la encontraban distinta, ahora la tomaban por loca.

A medida que fue tomando confianza, le gustaba disfrutar de las noches de luna cuando el cielo cubierto de estrellas le permitía adivinar el camino de vuelta. La noche le ofrecía otros alicientes, si bien es verdad que no podía distinguir los nidos, ni alcanzar las últimas cerezas de los árboles, ni tan siquiera contemplar a la golondrina que alimentaba a sus crías con mariposas que llevaba cuidadosamente en su pico. Por las noches, sentía las caricias de los murciélagos quienes, agitando sus alas como de tela de sombrilla, pasaban alrededor de su cabeza.

Ramonita Romo acostumbrada al canto de las cigarras y a la suave luz de las luciérnagas que, a menudo, también la orientaban por las noches, se sintió profundamente perturbada cuando empezaron a aparecer por las carreteras unas cajas enormes que —sobre ruedas— pasaban velozmente levantando una inmensa polvareda. Esas cajas enormes, de diferentes colores, metían un ruido infernal y lo cierto es que asustaban también a los rebaños de cabras y ovejas que pasaban por las cercanías.

Cándido, el alcalde, era un hombre muy corpulento, tanto que a veces no cabía en las sillas normales. Cándido además de alcalde, era un hombre de negocios que rápidamente compró un automóvil con el que atemorizaba a todo bicho viviente porque le gustaba correr mucho. Las gentes del pueblo, adivinaban su presencia cuando en la curva del valle veían una inmensa polvareda. "Ahí va Cándido", decían.

Cándido corría tanto por aquellas pequeñas carreteras que casi se puede decir que volaba. Pero Cándido no veía los pájaros, ni las cerezas, ni se acercaba nunca al río para contemplar las libélulas, ni aspiraba el olor de la jara porque su negocio de los cerdos le absorbía totalmente. El visitaba las cochiqueras de aquellos pueblos malolientes y llenos de moscas, donde a veces los chicos gruñían como los marranos. Elegía los mejores ejemplares que luego sacrificaría para convertirlos en chorizos y jamones. Por eso iba siempre muy deprisa, con un fajo de billetes muy grande en el bolsillo que hacía que Cándido pareciera más grueso de lo que en realidad era.

Cándido iba tan preocupado por sus asuntos que mientras corría desafortunadamente por la carretera iba haciendo sumas, restas, multiplicaciones y divisiones en su cabeza y no se fijaba en lo que sucedía a su alrededor.

He empezado diciendo que aquella no fue una mañana feliz para Ramonita Romo. Aquel día Ramonita Romo iba volando bajito porque seguía la pista de un lagarto verde que tenía los ojillos amarillos y azules. Iba volando raso. El lagarto salió a la carretera y Ramonita y su escoba lo siguieron, despacio, para no alertarlo. Entretenida con esto, no se percató de que Cándido venía disparado. Cándido tampoco la vio. Oyó un golpe seco. Bajó del automóvil y vio que Ramonita estaba caída en la carretera y más adelante estaba la escoba, rota. Cándido lanzó una palabrota y se encogió de hombros: siempre le había parecido una excéntrica.

Ese día, al atardecer, las brujas de Euskadi lloraron.

## II

Después de que Ramonita Romo, la bruja buena de La Regajera, muriera atropellada por Cándido, el alcalde, mientras volaba muy bajito con su escoba, las pocas brujas que quedaban en Euskadi, reunidas en akelarre, lloraron su pena con tanto sentimiento que ocasionaron una de las mayores catástrofes de todos los tiempos.

Lo cierto es que no todas reaccionaron de igual forma. Quizás por esto todavía Euskadi se mantiene en pie. Las más exageradas fueron, como siempre, las brujas vizcainas. Las

guipuzcoanas, más acostumbradas a las tragedias de la vida, manifestaron su lástima de forma más contenida. Tampoco se enardecían tanto como sus colegas en otro tipo de sucesos, como las victorias de los equipos locales, ni acontecimientos similares. Las alavesas, quizás contagiadas del paisaje castellano, menos jugoso, eran siempre las más comedidas y, probablemente, las menos sentimentales.

La noticia de la muerte de Ramonita Romo corrió como la pólvora. El mismo aire que impulsaba la escoba de brezo de Ramonita, el mismo aire que le hacía bailar en sus remolinos, sirvió de canal para que llegara la noticia a sus amigas vascas.

De las pocas brujas que quedaban en el País Vasco, tres eran enormemente poderosas. Una de ellas era la inconsolable Petraliñ Batua de Bermeo. La segunda, Mari Basamarrubi de Iruya y la tercera, Mandranga Olaberri de Orozco.

Aunque la noticia les llegó separadamente, decidieron reunirse para cambiar impresiones y ver cuáles tenían que ser las manifestaciones de duelo. También decidieron avisar a las restantes que estaban dispersas por el país. Alguna creyó conveniente trasladarse en una manifestación de escobas hasta La Regajera, lugar donde se cometió el atropello de la pobre Ramonita Romo. Pero como Javiera Illopa, de Lesaka, no estaba en condiciones de volar tan largo recorrido, porque además de su artrosis tenía que cuidar la huerta de Garibay, al lado de la iglesia, pensaron que sería mejor hacer un acto en el que pudieran participar todas.

Después de largas discusiones acordaron reunirse en el Gorbea y para acudir allí anudaron —en señal de duelo— un velo negro en el palo de sus escobas que, al volar, se hinchara como las velas de un barco.

Una vez congregadas, sin más preámbulos, se pusieron a llorar. Ojalá no lo hubieran hecho. Nunca pensaron aquellas buenas brujas cuáles serían las terribles consecuencias de su luctuoso acto.

Al iniciar su llanto y ya cuando sus lágrimas rodaban hasta el suelo, observaron —no sin cierta sorpresa— que unas manchas rojas que parecían de sangre, empezaban a mezclarse con el agua. Entonces, recapacitando, vieron que aquellas manchas no eran otra cosa que sangre real, negruzca y reseca que, como una costra, se iba acumulando en la superficie de Euskadi por los efectos de la violencia reinante.

A pesar de que la sangre estaba bastante extendida y muy calada en la tierra, empezaba a diluirse e iba saliendo poco a poco. Así que, entre la pena que tenían por la muerte de su colega y animadas por los efectos milagrosos de su llanto, dejaron que éste fluyera de tal manera que pronto se empezaron a formar pequeños charcos.

Lo que nunca hubieran supuesto Petraliñ Batua, Mari Basamarrubi y Mandranga Olaberri, que dicho sea de paso, veía su caserío desde el Gorbea, es que se encontraban muy cerca de un anticiclón y una borrasca, o por lo menos de lo que los hombres del tiempo así lo denominaban. Lo que ya nunca se sabrá es a quién perteneció aquella lágrima que formó la famosa gota fría que desencadenó la catástrofe. Por un fenómeno atmosférico desconocido, la famosa lágrima originó una terrible reacción. Nubes terribles de más de siete kilómetros de altura amenazaban con hacer explotar el cielo. Se organizó una enorme tormenta y el agua comenzó a caer en forma de catarata. Los charquitos se fueron haciendo más y más grandes y empezaron a resbalar monte abajo. A medida que el agua caía, iba arrastrando matorrales, piedras, palos y cada vez tenía más fuerza. Hubo un momento en que aquello fue lo más parecido al diluvio universal.

El agua, como un caballo que ha roto sus riendas, iba de un lado para otro sin respetar los arroyos, casi secos por el estío. Embravecida por su fuerza, el agua que corría ya cerca de los valles, seguía reclamando a las nubes que cubrían todo el cielo que siguieran enviando más y más agua. Los ríos no cabían en su cauce y también empezaban a invadir los campos. Los animales, agrupándose, veían atemorizados que una ola enorme lo iba ocupando todo y, algunos, pensando en salvarse, se dejaron arrastrar por la corriente.

Las brujas, cubiertas con sus velos negros, asistían horrorizadas desde el Gorbea a unas manifestaciones de la natura-

leza que se había rebelado y que no obedecía a las órdenes que se le daban.

Algunos pájaros, gritando, descendían en picado aplastados por las gotas de lluvia que caía pesadamente como si fuera plomo.

Mandranga Olaberri de Orozko pretendió acercarse a Llodio para ver en qué situación se hallaba el río. Intentó elevarse en su escoba, pero la misma tromba de agua que impedía volar a los pájaros, hizo que ella también tuviera que renunciar a su tan deseada inspección.

También desde lo alto, gritando como otro pájaro, Mari Kokomotz dijo: "*Hortxe dago Bilbo, gure botxo maitea*" (#), mientras pensaba que aquella hermosa ciudad se había convertido, como por arte de magia, en una isla.

Mientras tanto, la naturaleza vengativa campaba por sus respetos—desoyendo los conjuros de las brujas y riéndose de las órdenes de las autoridades locales, provinciales, estatales, del alguacil y del alcalde, y de los gobernadores civiles y militares y de la ertzantza y de los bomberos y del comisario de policía e incluso de los obispos—y hacía que aquellos ríos que habían querido ser reconducidos y domados, se despararramaran invadiéndolo todo.

Aleccionadas por la fuerza de las aguas, las montañas—algunas de ellas bastante descarnadas— iniciaron también su venganza. Aquí y allá las tierras corrían, empapadas, sepultando carreteras, borrando camino, incluso los que subían modestamente a los caseríos. Una cantera decidió, furiosa, arrojar sus piedras, enterrando barrios enteros.

En el pueblo de Javiera Illopa, las truchas del río se paseaban por medio de las calles, desorientadas al ver que el río había perdido su cauce. Los vecinos, espantados, veían cómo subía el agua, impasible y silenciosa, alcanzando alturas de vértigo.

También el mar colaboraba en el sarao. Con la pleamar, envió unas olas grises y furiosas que zarandearon los barcos, haciendo que se golpearan unos contra otros. Ni los rezos de unos, ni los lamentos de otros podían parar aquello.

El agua enroñaba máquinas, liberaba bidones, arrastraba enseres, pudría alimentos, anegaba surcos y derribaba árboles. El lodo se encargaba de sepultar a las gentes que, atrapadas, habían intentado en vano ponerse a salvo.

"*Aquello era un caso de locura cósmica*", decían a coro las brujas que asistían, impotentes y aterradas, a aquel espectáculo desolador y terrible.

De pronto, Mari Poxpolu Alpertxo, gracias a su buena vista, adivinó una furgoneta que se balanceaba completamente a la deriva. Entrecerrando sus ojos se fijó en un capazo que aparecía en su techo. Entonces cayeron en la cuenta de que era la camioneta de los titiriteros, de aquella gente que había venido a las fiestas de los pueblos y que tenían, además del niño, dos monos, una cabra y un perro viejo, "*Bolita*". El hombre tocaba una corneta y la mujer daba volteretas, vestida con un traje de volantes. A todas luces eran gentes de fuera.

A veces también los monos andaban sobre un patinete y la cabra subía por una escalera de mano. Era una gente rara que se ganaba la vida de esta manera.

En un momento que se hizo un claro, unas brujas se acercaron a la furgoneta que, bailando un vals, seguía teniendo inexplicablemente el capazo encima. Allí dentro había un niño, moreno de tez, que gritaba como un conejo. El niño estaba muy sucio y, sobre todo, empapado.

Las mujeres engancharon las dos asas del cesto en las escobas y, con el niño, remontaron el vuelo hasta el Gorbea. En el momento en que pararon con gran cuidado para que el cesto no volcase, vieron que dejaba de llover definitivamente. Al poco rato, un inmenso arco iris surcaba el cielo.

"*Mientras aparecen los padres*—decidió Mari Laurgain de Serorategui— *tendremos este niño a nuestro cargo y no le faltará de nada*". Las brujas restantes acogieron esta propuesta, casi orden, con agrado, ya que Mari Laurgain de Serorategui era la más veterana y siempre demostró un gran sentido común.

Como desconocían su nombre, pensando en el mechón rubio que tenía la criatura, decidieron llamarle KAPAXA ORTZADAR (##) porque ponerle Moisés hubiera sido interpretado como un signo de debilidad y no estaban los tiempos para hacer concesiones.

(#) "*Ahí está Bilbao, nuestro cuando bocho*"  
(bocho = nombre cariñoso que se aplica a Bilbao)

(##) Kapaxa: paja del maíz que rodea a la panocha con que se llenan los colchones.  
Ortzadar: Arco iris.

(###) Nota: Todas las brujas que aparecen en este relato son personajes reales.